
Folleto
9-0545
Car
N

NAUFRAGIO DEL HAWKINS

27 de Enero de 1896

por

Angeles Cariñas Pouzóa

A mis
coterráneos
y buenos amigos,
Tirso y Adelaida:
Clemente,
Angeles Caínas ::
Nov 53

no esta
Tirso Clemente Diaz
Enero 1/1954
(52)
(2213)

NAUFRAGIO DEL HAWKINS

27 de Enero de 1896.

BIBLIOTECA PARTICULAR DE Tirso Clemente Diaz - HABANA -

Expedición al mando del Mayor General
CALIXTO GARCIA IÑIGUEZ

por

Angeles Caiñas Ponzóa

(Trabajo escrito siguiendo fielmente los detalles narrados a la autora, por su padre, el expedicionario superviviente, señor Antonio M. Caíñas y Figarola).

BIBLIOTECA PUBLICA R. M. VILLENA LA HABANA VEJ.

Año del Centenario del Natalicio de José Martí

1953

NO CIRCULANTE

PROCEDENCIA Donativo
H-53140 '99-05-01
FECHA 91-03-12 $1.00

Folleto
9-0545
CAI
N

Gratitud al doctor Justo García Rayneri, nieto del Mayor General Calixto García Iñiguez y cubano comprensivo, a cuya generosidad se debe la publicación de este trabajo.—

LA AUTORA.

INTROITO

Aquellos de nosotros, los cubanos que nacimos y crecimos al calor de los más santos ideales patrióticos; que escuchamos día a día, sin desmayos en la voz de nuestros padres, las palabras serias en las cuales iban envueltas doctrinas imperecederas de libertad y de amor al suelo patrio; no podemos descansar en cómodo descanso indiferente; sentimos el deber y tenemos la obligación de hacer buenos en la paz republicana, aquellos ideales que defendieron ellos en la emigración y en la manigua.

En consonancia perfecta con aquella actuación de mis mayores, mi vida entera se desliza tratando de honrar el legado de honor que a mi vez recibí de ellos.

A honrar, pues, la memoria de los bravos libertadores de mi Patria, entre los cuales se hallaba mi amado padre, Antonio María Caíñas Figarola, vengo con este trabajo modesto, transida de amor patrio y de amor filial.

A CUBA,

A LA MEMORIA DE MIS PADRES,

A MIS HERMANAS,

A MIS HIJOS.



Mayor General Calixto García Iñiguez a cuyas órdenes, venía la expedición del "Havokins"



Sr. Antonio María Caíñas y Figarola, expedicionario superviviente; padre de la autora del presente trabajo.


Tirso Clemente Díaz
HABANA

NAUFRAGIO DEL "HAWKINS"

27 de Enero de 1895.

La patria gemía encadenada; su suelo se regaba con la sangre de sus hijos insurrectos; la dominación española, aherrojando el pensamiento del cubano no podía, no, ahogar sus sentimientos; que jamás pudieron domìnar cerebro y corazón la arbitrariedad y la tiranía.

Bien recordaban los patriotas las palabras de Martí, el cual, en sus proféticos vislumbres, había escrito para los niños de América que "los que peleaban por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos; por tener más mando, por quitarle a otros pueblos sus tierras o a otros hombres sus fueros, no eran hombres, sino criminales".

En los campos de Cuba la guerra se desarrollaba con gravísimas dificultades; coraje y valor; vergüenza y dignidad, eran cualidades innatas brillando en todos y cada uno de los libertadores; Generales de hidalga condición y capacidad de mando sobresalían por sus facultades; pero, ¿con cuáles elementos materiales podían contar los componentes del glorioso Ejército Libertador si no les llegaban armas por algún conducto?

En estas condiciones, toda obra era necesaria y útil para lograr los fines vitandos de la Independencia: de aquí la urgente necesidad de auxilio del exterior. ?

(vitales)

Diseminados en las costas de la Florida por su cercanía a las costas de Cuba; diseminados al parecer, para no llamar la atención de los agentes españoles vigilantes de los movimientos de los cubanos emigrados que componían el abnegado Ejército Expedicionario; más, unidos impertérritos en la persecusión de un ideal bendito, se hallaban aquellos hombres en la esperanza de servir la Gran Causa; acarreando en pequeños barcos y con extraordinarias precauciones, las vituallas, armas y medicinas que necesitaban los ciudadanos cubanos en armas.

Traer una expedición a lugar seguro, era obra de gigantes; los improvisados marinos desafiaban los vientos y las tempestades; la variabilidad de las corrientes; la ignorancia en el manejo de las naves; pero todo lo afrontaban en silencio, cumpliendo como buenos la riesgosa y santa labor.

Es necesario que recuerden las generaciones, presente y porvenir, la magnitud del sector expedicionario durante la guerra del 95 al 98; en este sector colaboraron eminentes cubanos que abandonando hogar y posición, bienandanzas y suave existir, todo lo sacrificaron en aras del Ideal:

"PATRIA LIBRE PARA HOMBRES LIBRES".

Voy a narrar, con los detalles que mi propio padre me proporcionó, las alternativas sufridas por una de las más importantes expediciones que, desde las lejanas tierras del Norte venía rumbo a Cuba a dejar su cargamento valioso de hombres, parque y medicamentos; la expedición del "J. W. Hawkins", al mando del Mayor General Calixto García Iñiguez.

Los expedicionarios, muchos, habían estado esperando en los cayos de la Florida, durante largos meses; acampados allí a las órdenes del General Enrique Collazo, en la seguridad de recibir la orden de partida en cualquier momento; orden que llegó, por conducto del Delegado en Tampa de la Junta Revolucionaria Cubana, el íntegro patriota Fernando Figueredo: consistió, en que deberían hacer acto de presencia en New York a la mayor brevedad.

La Junta dispondría lo conducente.

Ya en New York, la orden fué de que un contingente de casi cien hombres, se situara en un lugar de la sonda de Long Island, donde con todo sigilo fueron recogidos y transportados al "J. W. Hawkins", que esperaba un poco más al Norte, donde los movimientos del barco fuesen más discretos; todo este movimiento efectuándose sobre las diez de la noche del 25 de Enero de 1896.

El barco era de mediano andar; de dos chimeneas; según rumores, había estado sumergido algún tiempo; puesto a flote y reparado convenientemente, cargado con

cajas de rifles y municiones en cantidad apreciable, más un cañón, medicinas y víveres: en total, unos ochenta mil pesos de cargamento.

El entusiasmo de los cubanos a bordo era indescriptible; todos hacían proyectos, más aún, cuando burladas las vigilancias, proa hacia la tierra lejana y bendita, nada hacía prever que les acechara la tormenta.

Los pensamientos volaban a través de los espacios; las esperanzas se agigantaban y la confianza puesta en el General Calixto y su brillante Plana Mayor, eran signos de buenaventura para la empresa idealista y libertadora.

Al amanecer del día 26, se procede a organizar a los hombres.

Se pasa lista. Se dictan órdenes para la hora del desembarco.

A las once a. m. le son entregados a todos y cada uno de los hombres un morral conteniendo: pantalón y chamarreta de dril crudo; par de botines de cuero, hamaca y frazada.

El frío es glacial. Tiemblan los hijos del Trópico añorando los rayos de fuego de su Sol.

El barco continúa su lento andar monótono.

Los grupos hablan en voz baja en cubierta; quien más, quien menos, abriga en el fondo del pecho una melancolía.

Patria y hogar; madres, esposas, novias, hijos, hermanos...

A luchar por libertarlos del yugo van, como valientes.

A las once de la noche, un expedicionario que era

experto en cuestiones de mar, el gallego Félix de los Ríos, dá la voz de que el barco hace mucha agua.

Desde las ocho hacía agua; según se supo más tarde, por lo cual el General había dado instrucciones al Capitán del barco de usar las bombas, pero éstas no funcionaban: estaban inservibles.

Expedicionarios y marinos achicaban con todos los *útiles que sirvieran para el caso, pero todo era inútil.*

Refiere el General Avelino Rosas, en pequeño opúsculo titulado "Revista Histórica", publicado en New York en Marzo de 1896, refiriéndose al naufragio, del cual también fué superviviente; que "por cada cinco pulgadas de agua, que se achicaban, entraban quince".

En tanto, la borrasca arreciaba, y ya los esforzados paladines de la Libertad estaban siendo probados en su temple de hombres.

La Naturaleza no les era propicia y se batían con ella, apretados los dientes y los labios; quizá la suerte les permitiera salvar aquellas cajas de municiones y aquellos rifles que eran necesarios para batir a aquellos que, puesta la planta en ésta tierra de promisión, de campos fértiles y ríos de aguas cristalinas, daban por suyo, con aires de señores feudales, el territorio que había sido libre desde siempre, y al cual esclavizaban ellos ahora por la fuerza bruta.

Vino la nevada a poner sus tintes pálidos y sus reflejos de muerte sobre el débil barquichuelo en desgracia.

A las doce de la noche el General García dió la orden de poner proa a tierra y de comenzar a lanzar el cargamento al agua.

Primero se arrojó el carbón, luego los víveres; por

último, se procuró alijar la nave de la carga más pesada y más querida: los armamentos.

El cargamento militar consistía en:

24 sillas de montar.

150 machetes Collins.

1 caja de revólvers Smith-Wesson, bien dotados de parque.

1.050 fusiles Remington-Lee.

500,000 cápsulas.

Un cañón Hoskins, con su dotación de balas rasas y metralla.

300 libras de dinamita.

Con cada caja de armas que era lanzada al mar, se hundían las esperanzas de los patriotas; aquellos elementos de guerra que tanto trabajo y tanta fatiga habían costado, se perdían para siempre.

Hondos suspiros de pechos recios y amargas lágrimas de los ojos de aquellos luchadores, escapaban junto con aquellas cajas que se tragaba el mar.

¡Suspiros profundos de aquellos que ven desvanecerse una ilusión amada!

¡Y todo en vano!

A las tres y cuarenta y cinco de la madrugada, había cesado la nieve, pero la galerna estaba desatada; ráfagas de huracán azotaban al "Hawkins" haciéndole danzar la danza loca de la Muerte.

Se apagaron las calderas. Se rompió el timón.

Quedaron a merced de la horrísona tempestad; decidióse colocar al tope del mástil una frazada impregnada en petróleo a la cual se dió fuego, y bajo ella, el pabellón americano con su cuadrangular lleno de estrellas

hacia abajo: suprema señal de auxilio en las negruras de la madrugada del 27 de Enero de 1896.

Cuenta el General Avelino Rosas en su trabajo ya citado*: que, "aunque en la inminencia del peligro un marinero dió la voz de ¡botes al agua! los patriotas exclamaron ¡no!, es de noche aún, y nos perderíamos más pronto".

Contrastes de humanas reacciones se advertían: unos hombres en calma y serenidad; otros, con agónicos rictus silenciosos retratados en sus rostros; quienes, entonando pasajes de la Marsellesa, otros, la músima inmortal del Himno de Bayamo.

Y el mar y los vientos, en infernal conjuro; indiferentes fuerzas ciegas de la Naturaleza, haciéndoles sentir su poder avasallador.

A las seis de la mañana se presentó en cubierta el General Calixto: le acompañaban los Generales Roloff, Mayía Rodríguez, Cebreco, Rozas, Fernández Ruz, Eusebio Hernández; su hijo Carlos y otros.

Comenzó a salir un Sol débil, que fundía la nieve depositada sobre las ropas de los náufragos.

Cuando el General dijo a los expedicionarios que igual se moría por Cuba en medio del Océano que a sangre y fuego en la batalla, un rotundo y unánime grito de ¡VIVA CUBA LIBRE! respondió a sus palabras.

A poco, en medio de las olas encrespadas y del fragor del viento, como a las ocho de la mañana, los pobres peregrinos, sin dar crédito a sus ojos; creyendo que eran sólo espejismos de la mente perturbada por las ansias mortales, divisaron un punto negro en la lejanía; luego, otro, y otro más.

Eran diminutas goletas madereras inglesas; navecillas que, juguetes de las olas, pero marineras valientes; capeando el terrible temporal, iniciaron el salvamento de los náufragos largando cabos en todo el derredor de sus bordas, y describiendo círculos en torno del "Hawkins".

A las diez de la mañana el hijo del General, Carlos, dió la orden de arriar botes al agua; lo cual se efectuó tras peripecias inauditas; logrando salvarse casi todos los hombres; no sin lamentar la desgraciada pérdida de algunos cubanos expedicionarios, al quebrarse los cabos de uno de los botes en el momento de arriarlo, ya cargado.

Los nombres de los expedicionarios muertos son:

Augusto Benech

Francisco Gaitán

Víctor Gómez

Emilio Jalais

Mariano Alberich.

¡Dulce y decoroso es morir por la Patria!

Los nombres de las goletas salvadoras eran: Leander Beebe, Hellen M. Benedict, y Alice B. Crosby, en la cual salvó la vida mi padre.

El apellido de Capitán de la Leander Beebe, era Howes. Ignoro el nombre de los Capitanes de la Benedict y de la Crosby.

El salvamento personal de mi padre ocurrió así: a bordo de uno de los botes, zarandeado por las grandes olas que por instantes les elevaban a increíbles alturas, como les hundían en abismos horrendos, en uno de los vaivenes elevadores, pudo alcanzar con un solo brazo la borda de la Crosby; los tripulantes le hicieron dar la vuelta y le dejaron caer en cubierta tiritando.

Opinaba mi padre que la muerte de algunos de los compañeros fué causada por el error que cometieron calzándose zapatos fuertes y cubriéndose con pesadas ropas, que impidieron su flotación luego de impregnárseles de agua de mar.

El, nadador experto, quedó en solo ligeras ropas interiores; atando a su cintura en un pañuelo las pocas monedas conque contaba, y su cuchillo inseparable, que por costumbre usaba.

Por estas precauciones y la providencial Alice B. Crosby, salvó la vida.

Entre los recuerdos más vívidos y emocionantes del naufragio, mi padre conservaba aquel terrible en el cual, casi sin separarse del costado del "Hawkins" el último

bote salvavidas, cual corcel que se encabrita y se levanta, elevó su proa hacia los cielos, hundiéndose de popa en las profundidades de la misma Gran Corriente del Golfo Mexicano, sin haber avanzado más de 67 millas, a las 72º12 d elongitud, y 39º37 de latitud.

Y pienso yo, que en esta hora aciaga era el momento de increpar al Océano aquel que se mostró propicio con las naves descubridoras facilitando con su calma que pudiera la planta ignominiosa de la gleba española pisar el suelo fecundo de la América Virgen, y preguntarle con Zenea:

¿Y como fué que presintiendo entonces
Los futuros destinos,
Al ver las carabelas españolas
No hiciste revolver tus torbellinos?
¿Por qué no dieron la señal de guerra
los rudos vientos y las raudas olas
Y hombres y barcos en la Nada hundiste?



Mi padre desembarcó, con otros náufragos, en el muelle 44 Este, de New York, presentándose de nuevo a sus superiores, que le ordenaron volver al antiguo domicilio, en espera de la coordinación de una nueva expedición.

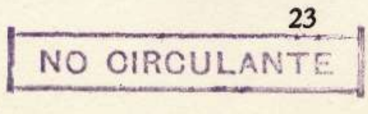
Esta fué la del "BERMUDA", felizmente llegada a la Patria el día 24 de Marzo de 1896, desembarcando en la boca del río MARAVI, provincia de Oriente, al abrigo de la serranía, entre Sagua de Tánamo y Baracoa; expedición al mando también del Mayor General Calixto García Iñiguez.

De aquel patriota que, según frases del distinguido historiógrafo cubano, doctor José M. Pérez Cabrera, "sus grandes reveses no disminuyeron su prestigio"; del peleador de moral estricta, cuya madre identifica sólo cuando conoce de su inmortal gesto de suicida antes que prisionero del enemigo

En devoto homenaje de respeto a los bravos que lucharon por la Independencia de Cuba, recordamos aquella página honorable y desdichada del naufragio de la expedición del "J. W. Hawkins", entre cuyos modestos expedicionarios, cumpliendo la parte que le correspondía, se hallaba un cubano de corazón que ya duerme el sueño eterno en las entrañas de la tierra que le vió nacer y a la cual ayudó a libertar: mi padre.

Honor a la memoria de todos los cubanos que se

H-53140
Folleto
9-0545
CPI
N





esforzaron por hacer a Cuba libre, y que el ejemplo de sus sacrificios y dolores sea acicate para las juventudes, viviendo con el decoro que enaltece y la viril seriedad que hace hombres, honestos sin estridencia y valerosos sin jactancia.

Que tengan siempre presente, a la hora de las definitivas decisiones, que por encima de las apetencias humanas, está esa fuerza imponderable que a todos nos obliga: el amor a Cuba.

NAUFRAGOS SUPERVIVIENTES DEL "J. W. HAWKINS"

Mayor General Calixto García, General Juan D. Cebreco, General (venezolano) Avelino Rozas, General Eusebio Hernández, General Carlos Roloff, General José María Rodríguez, General Juan Fernández Ruz, General Manuel Rodríguez Fuentes, Dr. Ramón Negra, M. Fiol, Bernardo Soto, Ciro Troncoso, Aquiles Betancourt Castillo, Diego Barrero, José Losada, Florentino Marín, Fernando Fuero de la Torre, Fernando Lera Macías, José Martínez Sallés, José Rutea, Carlos Javier López, Ramón Peraza, Manuel Martínez Orta, Pedro Silva, Antonio María Caíñas, Antonio Santana, Martín Cano, Mateo Fernández, Luis Fernández Cabrera, Ramón Alvarez Izquierdo, José Calderín, J. M. Tarafa, José B. Cutié, Pablo Menocal, A. Cervantes, Carlos García Velez, José Nicolás Jané, Alfredo Arango, Néstor Lastre, Salvador Ardois, Ignacio Roca, José M. Michelena, Almanzor Guerra, Juan Antonio Lasa, Ricardo Gras, Domingo Ubieta, Ignacio Santa Cruz Pacheco, Luis Alvarez Cerice, Ricardo Ferrán Sterling, Ricardo Valdés Rodríguez, Rafael Gutiérrez, Arturo Acosta, Félix de los Ríos, Luis N. Quintana, Manuel Izquierdo Castro, Lino Marshall, Epifanio Alvira, B. J. Bueno, Eduardo Agramonte, Aurelio Hevia, Nicolás de Cárdenas, Franklin

Argilagos, Luis Troncoso, Eduardo M. Falero, G. Forcade, Federico B. Trujillo, José Manuel Guerrero, Roberto Argilagos, Carlos Martín Poey, Francisco Regueyra, Manuel Bazán, Natalio Dupotey, Pablo Huard Ramírez, José Cuza, T. Castillo, M. Recio Agüero, Arturo Lara, Arturo Labarte, Leopoldo de Soto, Simón B. Núñez, J. C. Hernández, Adolfo García, Pablo Pujadas, Manuel Hinojosa, Juan Font, Miguel Arias.

Obras publicadas por la autora:

Presidio Modelo — 1952.

Confesión, a José Martí. — 1953.

En preparación: Emociones — Versos.

De los días de la esclavitud y del agravio.—Versos.

Filiales.—Versos.

Memorias de mi infancia. — Prosas.

BIBLIOGRAFIA

(*) Revista Histórica, por el General Avelino Rosas. New York, 1896. (Biblioteca Nacional).

PRESTAMO INTERNO BP-15

No.	COD.	FECHA DEV.	OP.